



SILBATOS

Lejanos, largos...
—¿De qué trenes sonámbulos?—
se persiguen como serpientes
ondulando.

E. González Rojo ha roto la estructura y el ritmo del verso tradicional. Es un poeta lleno de sugerencias y de visiones reales, pero sus metáforas violentas y sus prosaísmos voluntarios quitan valor a su expresión. Manuel Maples Arce es el apóstol del estridentismo. Su poesía apresurada nos interesa como documento psicológico más que otra cosa; sus versos llenos de naftalina, telégrafos, electricidad, locomotoras, arsenales, manicmios, andenes, andamios, etc. nos desconciertan un poco, pero luego nos hace admirar su juventud tan llena de dinamismo. Gilberto Owen, Gutiérrez Hermosilla, Gutiérrez Cruz, Juan Manuel Ruiz Esparza, firmes promesas de futuras renovaciones. Han quedado al margen de este estudio Fernández Granados, María Enriqueta, Fernández Ledesma, González Guerrero, Antonio Caso, Luis Rosado Vega, Rafael Lozano—¿cuántos más?—no por descuido—que sería imperdonable—sino porque su obra no encaja en el concepto que yo tengo del desarrollo progresivo de la lírica en México.

En esta perspectiva—acaso incompleta—puede que los contornos estén acentuados enfáticamente. No he querido que la distancia haga borrosos los aspectos.—ARTURO TORRES RIOSCO.

LA UNIVERSIDAD Y LA CULTURA

1.—BREVE GLOSA HISTÓRICA.—Investigaciones recientes han establecido que la palabra «Universidad» (universitas: gremio, corporación) por sí sola, en el significado de una corporación de maestros y discípulos, reconocida por las autoridades civiles o religiosas o por ambas, es de fin del siglo XIV.

En época anterior estas «universitas magistrorum et scholarium» se referían al gremio formado por maestros y estudiantes, mucho de los cuales eran extranjeros, para la protección de sus miembros contra las relajaciones de los vecinos de la provincia y de otras molestias anejas, en tiempos medioevales, a la permanencia en tierra extranjera. La nominación, empero, que se daba anteriormente a estas comunidades era el de «studium», y las

más importantes empezaron a ser reconocidas con el nombre de «studia generalia», es decir, sitios frecuentados por estudiantes de distintas y remotas regiones. Con el tiempo, esta nomenclatura tuvo un sentido más técnico y definido, empezó a prevalecer la idea entre los letrados de que la esencia del «studium generale» era el privilegio de conceder el «jus ubicunque docenti» o reconocimiento de los grados otorgados y que ningún «studium» podía adquirir esa categoría sin una bula imperial o papal. Lo cual llevó a pensar que tal bula o título era la esencia de la verdadera Universidad, aunque tal privilegio no era respetado, a pesar de su universal reconocimiento teórico.

Al final de la Edad Media, la distinción entre los términos «studium generale» y «universitas» fué perdiéndose y el vocablo Universidad empezó a usarse solo, especialmente en los estados germánicos.

2.—EL PROBLEMA UNIVERSITARIO.—Es, para usar, la terminología matemática: *problema indeterminado*; porque el número de soluciones es verdaderamente indefinido. Máxime ahora que periclita—para usar la palabra grata a Ortega y Gasset—la cultura. No es pesimismo sistemático— Es que tengo el afán de ver claro y decir mi opinión escueta. De ahí que sea a veces cortante como la punta de un dardo.

La gran cantidad de resoluciones para la cuestión universitaria, ha profucido una literatura abundosa. Tengo en mi mesa de trabajo cuatro composiciones que abordan el asunto. Cada uno desde un ángulo personal, por tanto, con singular visión de conjunto y diversas conclusiones.

La primera, en orden de fecha, es «La Universidad del Porvenir» de José Ingenieros (Ed. Vértice, Barcelona, 1929); la segunda, «Misión de la Universidad» de José Ortega y Gasset (Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1930); la tercera, «La Organización de la Universidad» del Prof. Dr. Alejandro Lipschütz (la cual forma parte del volumen titulado: «La auto-regulación orgánica y otras conferencias», Ed. J. Morata, Madrid 1930); la cuarta, la del Dr. Oscar Fontecilla, con cuyo título comienza este escolio (Ed. Prensas de la Universidad de Chile, 1932).

La solitaria enunciación de estos ensayos, conferencias y discursos, permite considerar que la proposición a resolverse es ardua, y si se ha hecho sólita es debido a la substantiva significancia que posee. Ello es obvio, puesto que únicamente lo que tiene validez preocupa a los cerebros más excelentes de éstos y cercanos tiempos.

Es del cuarto folleto, que contiene un discurso y una conferencia, del que me voy a ocupar en los renglones siguientes:

3.—¿QUÉ ES LA UNIVERSIDAD?—He aquí una pregunta que me ha sorprendido de pronto. Por otra parte, su lógico rigor le da una inesperada valía. Hace algún tiempo, no me habría formulado semejante interrogación. No por pereza mental, sino por una especie de aquiescencia con lo establecido. Aquiescencia acaso de admiración. El andamiaje burocrático me había conformado. Pero ahora no. La planteación de la pregunta me ha llevado a un examen atento del asunto.

Antes de continuar y para evitar equívocos voy a decir, en forma parca, lo que es «nuestra» Universidad. No hago, por de pronto, reparo de ninguna laya. Mi faena quedaría lograda si expongo con claridad. Además, y para dar un tono de objetividad a esta página, no es una tesis original la que exployo, sino la del Prof. Fontecilla, en especial, e incidentalmente, la de los demás maestros universitarios mencionados.

Tenemos—dice el doctor chileno—una serie de escuelas laxamente relacionadas por groseros mecanismos administrativos (p. 44. Y agrega: La Universidad es, pues, en cierto sentido, una ficción administrativa. (Id.)

Son coincidentes, en esencia, estos pensamientos con el de Ingenieros, quien dice:

La interdependencia ideológica de las diversas Facultades e Institutos de cada Universidad, sería muy distinta de su actual nexo administrativo o burocrático (p. 63.)

De estas observaciones fluye que es el alma de la Universidad lo que se busca, al formular la interrogación que inicia el presente párrafo. En otros términos, fijar los roles esenciales que debe desempeñar la Universidad.

Aunque así dicho, queda bastante vaga la parte terminal de la frase anterior. No se trata de la Universidad en abstracto, sino de una bien concreta, con estatuto y autonomía. Aludo a la Universidad de Chile.

Por el momento y para nitidizar el problema: la Universidad actual es una serie de edificios de enseñanza y de investigación con sus servicios administrativos correspondientes. La Universidad es eso. Nada más. No he entrado a la crítica de su valor cultural. He expuesto su anatomía de hoy en unos cuantos trazos.

4.—LO QUE LA UNIVERSIDAD DEBE SER.—No basta, empero, con lo dicho hasta aquí. La Universidad quizá se ha concretado a ser eso. Pero debe ser algo más. ¿Debe ser la mentora de la sociedad? ¿Debe ser la guardadora de la civilización de esa colectividad? ¿O debe ser lo uno más lo otro?

De no ser lo primero ni lo segundo, ni la armoniosa alianza de los dos principios indicados, sería una institución anquilosada, anacrónica y sin vigencia. Y así parece desprenderse de lo que dice Ingenieros:

Las Universidades no desempeñan las funciones culturales más necesarias en su propia sociedad (p. 43).

Debe ser entonces una junta de altos institutos de investigación de la ciencia. Esa es la misión principal que le asignan los cuatro autores que he leído recientemente. El estudio científico necesita un elenco magistral por un lado y el discipulado universitario por otro. Esta faena primera de la enseñanza superior es, en grado superlativo, desinteresada. No tiene otro fin que el saber puro.

La segunda tarea de la Universidad es formar profesionales intelectuales idóneos. A esta labor se ha dedicado nuestra Universidad. ¿Con buena o mala fortuna? No es esta la oportunidad para discurrir sobre ello.

Las dos anteriores son las finalidades, dentro de las aulas, asignadas por Ortega y Gasset. Y las acepta el Prof. Fontecilla. Pero hay un tercer fin de la Universidad: la difusión de la cultura.

Nos sale a topar aquí uno de los conceptos más difíciles de asir discursivamente: cultura. Tanto para el catedrático español como para el chileno: el hombre actúa «desde unas ideas determinadas». Es decir, con un «interés espiritual» que se llama ideal «No puede vivir ningún hombre sin ideal». (Lipschütz).

Cultura, pues, es la representación ideal del mundo y ésta varía con los tiempos. Los tiempos tienen fisonomías peculiares y cada una de éstas se les ha denominado épocas. Las épocas tienen sus «sistemas de ideas generales». Los sistemas son un «cuerpo de doctrinas», que sintetizan las verdades temporales. Las épocas posee un «plan normativo», plan que es su ética individual y social. Por último, las épocas reúnen una «previsión de ideales» que elabora mejoras espirituales y materiales para el futuro.

La Universidad debe ser el centro de atracción ideológico, el lugar geométrico del manar constante de las directivas del pensamiento contemporáneo.

La Universidad tiene las tres misiones señaladas. Pero la más importante es la que la hace sitio de la investigación científica.

El hombre de ciencia—escribe Lipschütz—es envuelto totalmente por la busca de nuevas armonías; no hay música más celestial que la teoría científica. Es abarcado el hombre de ciencia por la poesía de su aislamiento; y no es extraña la coincidencia que durante muchísimos siglos de la vida europea, la ciencia se hacía en la celda del claustro.

La Universidad debe ser, por lo tanto, el ágora de los altos estudios con el objeto de formar en primer término profesionales competentes; en segundo lugar, investigadores científicos; y en tercer plano, hombres actuales, vale decir, cultos.

5.—LO QUE NO DEBE SER LA UNIVERSIDAD.—La casa universitaria debe estar ausente del «mundanal ruido». De modo que no debe —estoy aquí en perfecto acuerdo con el conferenciante chileno, que glosó y, en consecuencia, en disparidad con Ortega y Gasset—intervenir ni en política ni dar juicios sobre asuntos de vehemente actualidad.

La Universidad perdería su rango de alto centro desinteresado del saber, si se inmiscuyera en las luchas y discusiones de mil linajes que la vida de un pueblo posee.

La Universidad tiene que estar—dice Ortega con su pulido estilo—también abierta a la plena actualidad; más aun: tiene que estar en medio de ella, sumergida en ella.

Acaso esta concepción convenga para países, en que la ley sea tenida por tal, quiero decir, respetada; donde la Constitución política del Estado no sea un agregado de artículos e incisos sin uso; donde el poder no dependa de cuartelazos; en una voz, donde la cultura sea un acto practicado por doquiera y en todos los momentos de la vida privada y pública. En una sociedad, en fin, que se percatara que

todos los grandes progresos—como lo dice Rusell—son en su origen puramente teóricos, hasta que más adelante se les encuentra una aplicación práctica. Y aun cuando haya teorías espléndidas sin aplicación ninguna práctica, conservan su valor en sí mismas, porque la comprensión del mundo es una de las dichas fundamentales (1).

Pero ¡ay! estamos lejos de esa perfección!

Acaso en esos países de elevada cultura, la Universidad pueda asumir la alta misión de directora espiritual!, de primer poder,

(1) «Ensayos sobre Educación», Trad. Juli Huici. Ed. La Lectura. Madrid.

como lo desea el publicista español. Con todo, dificulto que se vaya a lograr tan encumbrado papel en el presente y doloroso estadio histórico. Los hitos en él existentes indican que estamos ya casi al comienzo de una nueva civilización y, por consiguiente, ante nuevos modos vitales y ante nuevos problemas.

6.—LA CIUDAD UNIVERSITARIA.—La exposición de la tesis del Dr. Fontecilla es correcta, casi académica. Pero al hablar del proyecto que sirve de subtítulo a esta parte de mi comentario, es de verdad elocuente. La conferencia se torna discurso y en él hay más de un toque de poesía. Ha dejado de ser el profesor y habla el hombre. El hombre que conoce las obscuras y silenciosas tragedias de centenares de estudiantes de los más remotos puntos del país, y de esta América nuestra «que aun reza a Jesucristo y aun habla en español».

Qué desengaño, dice en las páginas 45 y 46, para el joven de provincia que llega a la capital en demanda de esta luz cálida, este hogar acogedor que se imagina ser la Universidad de Chile, con la cual ha soñado más de una vez sueños cargados de deliciosa emoción. El ha dejado su pueblo, su familia, sus amigos, sus queridos profesores de Liceo, todo un mundo de afectos, de recuerdos, de estimulantes y nobles concomitancias y se encuentra con que eso tan grande y tan hermoso con que debía llenar ahora su vida y amplificarla y enaltecerla, el Alma Mater, es una especie de mito, una especie de sombra, sin contornos, sin contenido, sin realidad vital, sin eficacia educadora ni fuerza directiva.

¡Verdad grande! La Universidad es—o era, puesto que hace años, que soy egresado—algo helado, sin significancia cordial.

¿Qué remedio? Uno muy bueno; pero muy caro: *la ciudad universitaria*. Recinto pletórico de nobles preocupaciones, con todo su equipo científico, con sus componentes: profesores y estudiantes ocupados en la patricia faena de investigar. ¡Bello proyecto! Demasiado hermoso para que se convierta en realidad. Y sin embargo, al no realizarse el estudiantado seguirá como hasta hoy: lo ahogará «el barrio sórdido, la pensión misérrima...»

Y entre tanto, «esta semi-universidad de que hablamos tanto», no actúa como fuera de esperarlo, porque casi no existe ni en el «sentido material de un espacio definido».

7.—CALDERÓN TERMINAL.—La lectura del folleto del Prof. Fontecilla, deja una impresión de agrado. Tiene calor y fuerza. Habla un hombre que sabe de la miseria de muchos seres y lo hace con sobriedad y dignidad.

¿Defectos? En las páginas 23 y 36 hay dos formas verbales incorrectas. Debieron ser presente de subjuntivo y aparecen en indicativo.

Otra falta es la carencia de índice. Es un detalle de cierta importancia. El índice no sólo tiene por fin señalar el sitio y los títulos de las partes de un estudio. Es, además, la síntesis del tema que se desarrolla, y es el primer comunicado del autor con su lector.

Calderón es un signo que usan los músicos para indicar la suspensión del movimiento del compás. Tiene la forma del párpado superior, un punto bajo el arco semeja la pupila vigilante. Eso ha sido este signo: suspensión. Atenta, deleitosa pausa del intelecto para leer tema tan valioso y tan logrado.—N O R B E R T O P I N I L L A.

UNA HORA CON PHILIPPE SOUPAULT

EN ese tranquilo y señorial barrio de Auteuil, al cual hace treinta años los escritores de la época hacían acudir las heroínas de sus obras, cubierto el rostro de un tupido velo, a una cita clandestina, (lo cual hace suponer naturalmente que Auteuil era en ese entonces uno de los alrededores de París) acudo yo a mi vez a un rendez-vous que me ha fijado un escritor. Esta asociación de recuerdos me hace sonreír y pensar en el girar acelerado de la vida, que ya es tanto, que ni alcanzamos a percibirnos de lo que nos lleva y de lo que nos trae. Ya sí hoy sucede que una dama acude a Auteuil en calidad de periodista, y que otra, interesada en el eterno tema, no tiene necesidad de recorrer grandes distancias. Todo en París facilita la galantería, el amor. Por lo menos en este París d'apres guerre que es el que yo he conocido.

Siguiendo mi peregrinación tras mi escritor, que es Philippe Soupault, llego hasta la avenida de Erlanger, y ahí le encuentro encerrado en una biblioteca, acogedora y confortable, convaleciente de una enfermedad.

Pero antes de referir esa entrevista, se impone un paréntesis de novela inglesa, que permitirá enfocar mejor al personaje.

El americano que allá en su tierra oyó hablar de batallas literarias en París (una vez firmado el armisticio de las otras) de existencia de escuelas, partidos y banderas, al llegar a esta ciudad, busca, se informa e interroga sobre todo aquello que le interesara a la distancia.